

Estación Los Chañaritos

Por José Salas Subirat

El pintor Sargent hizo un cuadro de flores, que nunca quiso vender. Explicaba su negativa así: Cuando me siento descorazonado, y me pregunto si habré perdido mi virtud de pintar, miro ese cuadro y me digo: Sargent, tú lo pintaste, ¿sabes?

Hace quince años vendí una póliza al señor Sebastián Noguera, establecido con una despensa en un pueblo de campaña bastante apartado, compuesto por no más de cincuenta casas en el radio urbano, cerca de la estación de ferrocarril Los Chañaritos.

Tuve que realizar varias entrevistas, porque el hombre no veía bien la necesidad de tomar seguro de vida: tenía 45 años, y alegaba que su esposa podía criar a sus dos hijos, y continuar atendiendo el negocio sin preocupaciones económicas, aun en el caso en que él falleciera prematuramente.

Logré convencerlo cuando descubrí la causa de sus objeciones. De joven había sido más bien débil, y en cierta ocasión

temió caer tuberculoso. No habían sido más que aprensiones pueriles, y con un método de vida austero y cuidadoso se convirtió en hombre sano y robusto. Desde los días lejanos de la juventud no

había tenido necesidad de médicos ni medicinas, y así era como la sola idea de que para tomar seguro debería ser examinado lo intranquilizaba, haciéndolo irreductible.

Pude convencerlo, como es natural, utilizando la reversibilidad de las objeciones: precisamente había una razón decisiva para el examen médico: confirmar su buena salud. A pesar de su nerviosidad y sus temores, pasó bien el examen y se emitió la póliza. Se la entregué un sábado por la mañana, y tuve que realizar virtualmente la venta de nuevo para conseguir el pago de la primera prima.

El domingo por la tarde fue a buscarme al hotel donde me hospedaba, y no dio conmigo porque yo había ido al campo a efectuar otras entrevistas. Dejó dicho que quería verme con urgencia.

El seguro fue por un capital de cincuenta mil pesos, y se me ocurrió que tal vez habría decidido elevarlo a cien mil, tal como se lo aconsejé en vista del buen resultado del examen.

El lunes por la mañana, no bien me vio entrar en la despensa, sacó la póliza del cajón, junto con un billete de cien pesos.

-Discúlpeme, señor Cabral –dijo-; no quiero esta póliza; pero como usted se ha molestado haciéndome examinar por el médico, le propongo que se la lleve para su anulación,



Ubicación: Ruta Nac. 19 N°251
Departamento: Río Segundo
Tipo: Comuna
Pedanía: Oratorio de Peralta
Población: 130 habitantes (Censo 1991)

junto con estos cien pesos para reparar las molestias que le ha ocasionado. Le ruego devolverme el cheque que le di el sábado, porque he comprado una partida de mercadería que representa un excelente negocio para mí, y voy a necesitar ese dinero.

Me sorprendió bastante el exabrupto. Le explique que la póliza ya estaba en vigor cuando se la entregué, y que su cheque había sido enviado por correo a la compañía el sábado mismo.

Conversamos un rato, y se resignó rápidamente a quedarse con la póliza. Entonces entro a explicarme que tenía un cuñado empleado en el ferrocarril, quien había intervenido para hacerlo cambiar de opinión respecto al seguro. Esto confirmaba que el pretexto de la compra de mercaderías era falso, y que el sometimiento a las opiniones del cuñado tenía que haberle resultado deprimente, por lo cual insistí en que su propio discernimiento era mucho más valioso que el de su pariente, y que en consecuencia, para demostrar que sabía gobernar su patrimonio más cuerdamente, debía elevar el seguro a cien mil de capital, aprovechando el examen médico efectuado.

El caso es que después de bregar apasionadamente obtuve otro cheque, y se emitió una segunda póliza por cincuenta mil más. No hace falta decir que me retiré de la Estación Los Chañaritos muy satisfecho de mí mismo.

Seis meses después a consecuencia de una mojadura, contrajo una pulmonía y falleció. La compañía pagó los cien mil pesos por intermedio de una agencia bancaria, y yo no tuve oportunidad de recorrer la misma zona, donde otro agente hizo varias operaciones a raíz de ese episodio, hasta hoy, quince años después.

Apenas descendí del tren esta mañana miré en dirección a la despensa Noguera, y tuve la sensación de que la casa no estaba más. En su lugar había otra, de frente recién terminado y agradable apariencia, con un letrero en la parte superior que a la distancia no alcancé a ver bien.

La fuerza de mi vista ha ido decayendo en los últimos tiempos, así que me acerqué con curiosidad, y de pronto, con gran sorpresa, alcancé a leer: *Las Pólizas, Almacén de Ramos Generales*.

Tuve una sensación rara, y caminando lentamente llegué hasta la casa. Detrás del mostrador había una mujer ya de edad, pulcramente vestida.

Un dependiente se acercó a mí para atenderme.

-¿Está el dueño? –pregunté.

-La señora es la dueña, -señaló.

Ella vino hacia nosotros.

-Buenos días, señora –dije- me ha llamado la atención el nombre de esta casa...

-Ah... ¿el señor es asegurador?



-Sí, señora; imagínese, vendo pólizas... y ese nombre...

-Claro, claro. Se explica la curiosidad. A todos los aseguradores que pasan por aquí les llama la atención, y también a las personas ajenas al seguro. Y, le diré, me gusta que vengan a preguntarme, sobre todo los que no se dedican a ese trabajo de asegurar a la gente.

-¿Sobre todo a los que no se dedican a ese trabajo?

¡Caramba! ¿Es indiscreción preguntarle por qué?

-De ninguna manera, señor; es una forma de difundir el seguro de vida.

-¿Usted vende seguros de vida?

-No, no dispongo de tiempo, pero lo recomiendo constantemente.

-Bueno –sonreí-; se lo agradezco en nombre de la institución del seguro, y también en mi propio nombre, porque el seguro constituye mi medio de vida.

Reflexioné un momento, un poco sorprendido, pero sentí una voz interior que me sugería algo en que no había pensado hasta ese momento. *No, no me dije, era una despensa insignificante; y este es un gran almacén de ramos generales: no podría ser.*

¿Cómo se llama usted, señora? –pregunté.

-Amalia Noguera, para servirle; más bien dicho, Amalia, viuda de Noguera.

Quedé suspenso. Una emoción extraña me embargaba.

Me contuve para insistir:

-¿Podría saberse porqué ese interés por el seguro de vida?

-Sí, señor; se lo diré con gusto. Hace treinta años me casé con el hombre más bueno y generoso que he conocido: Sebastián Noguera. Él fundó esta casa, que comenzó como una simple despensa de combustibles. Nuestro primer hijo nació a los diez años de nuestro casamiento, y dos años después le siguió la nena. Hace quince, cuando los niños tenían cinco y tres años respectivamente, pasó por este pueblo un gran asegurador de vida a quien no tuve oportunidad de conocer, le hizo tomar a Sebastián dos pólizas de cincuenta mil pesos. Unos meses después falleció mi esposo, y los proveedores se presentaron de inmediato para cobrar las cuentas pendientes. Los tiempos eran malos, si no hubiera sido por el seguro habríamos quedado en la ruina. Gracias a él pude afrontar la situación, aumentar el movimiento del negocio agregado mercaderías de ramos generales y dar una carrera a mi hijo, que ya está en tercer año de medicina. La nena también estudia; está terminando su bachillerato, y creo que llegará a recibirse de dentista con el correr del tiempo.

-Señora, la felicito; y no puedo ocultarle que su lealtad hacia el seguro me emociona profundamente.

Levantó la mano, con una indicación de que deseaba seguir hablando.

-Esa no es exactamente la explicación, señor. Al ponerle ese nombre a la casa no hice más que responder a un remordimiento.

-¿Remordimiento? –pregunté extrañado-. ¿Remordimiento de qué?

-Verá usted. El día que mi marido tomó seguro tuve con él un serio altercado en que intervino mi hermano Rafael, enemigo acérrimo de esas cosas. Al fin, para poner término a la disputa, Sebastián resolvió dejar sin efecto la operación. Gracias a Dios eso no pudo ser,

porque el agente que le había vendido la póliza era, como dijimos a Sebastián, un verdadero monstruo, pues no sólo supo defender la póliza vendida, sino que después de una entrevista que nunca nos alcanzamos a explicar, consiguió venderle otra más, con lo que se duplicó el capital asegurado. A partir de ese día, tanto yo como mi hermano nos dedicamos a atormentar a Sebastián, insistiendo en que era un hombre débil de carácter, que lo habían estafado y abusado de su buena fe, aparte de que al duplicar el seguro había querido inferirnos una ofensa. Se llegó a la conclusión de que a lo hecho pecho, y que el seguro se dejaría sin renovar al segundo año. Infortunadamente eso no pudo ser, porque mi esposo falleció unos meses después. ¡Cuando lo habíamos atormentado por ese bendito seguro! Sólo pensábamos en nuestro amor propio ofendido. Y pensar que ha sido nuestra salvación...

Quedó en silencio.

En cuanto a mí, me resultaba un poco difícil hablar.

Reaccioné para preguntarle:

-¿Usted sabe, señora, cómo se llama ese agente de seguros de vida?

-Sí, lo sé –repuso con un poco de temblor en la voz-. Muchas veces he pensado escribirle, pero lo he ido dejando de un día para otro... no me resulta fácil escribir cartas... y así han ido pasando los días, los años... ese hombre se llamaba Juan Cabral. ¿Ha oído hablar de él?

Se hizo un silencio espeso. Me había sido posible hablar; me parecía estar oyendo las palabras de Juan Salvador Sargent mirando su cuadrito: Tú lo pintaste, ¿sabes? Sólo atiné a extraer una tarjeta con mi nombre y ponerlas en manos de aquella mujer.

Nunca he sentido pronunciar mi nombre con tanta devoción:

-¡Juan Cabral!-exclamó.

Y se arrojó en mis brazos llorando.

Me ha ocurrido esta mañana, y difícilmente podré olvidar, en el resto de mi vida, que existe un almacén de ramos generales llamado *Las Pólizas*, en un pueblito insignificante que se denomina Los Charañitos, pero que desde hoy será para este asegurador de vida el lugar más importante de la tierra.

